

Pliego de poesía de La Colmena

JUAN CARLOS BARRETO

LEJANÍAS



Dibujo: LEOPOLDO FLORES, *Hombre deshojado*.

1

Mañana el día amarillo será negro y las cosas tendrán un lugar por consigna. El árbol será olvido, la carne tristeza, y los ojos, vaho de alguna palabra dicha de paso.

La noche es una hora que desciende lentamente azul. Flota como recuerdo extraviado entre recuerdos. Las estatuas platican con un borracho y las fuentes responden a preguntas que ellas mismas formularon.

La luna observa trepada en su muro.

Vaga sin destino el sueño de que el mundo se reintente y despertar no sea volver al sueño: negra lejanía poblada de pájaros negros.

La noche se olvida del tiempo y todo tiempo es condena.

2

Nace y muere la luz: del violeta al naranja, del rojo al silencio.

Surgen caminos como si fueran nuevos; llanura que arrastra los ojos.

Charcos de tristeza se evaporan, nubes de pájaros bajo las nubes mansas. El aire liviano, la distancia azul de mar.

Y la ciudad de hinojos; otra vez la misma, adusta bajo el sol.

3

El mar besa los muros, este día se reintenta la ciudad:
olas verdes de hojas que se quiebran, cabrilleo dorado
en el cielo visto a contraluz.

Las calles amarillas van al norte con el fuego
inconsumible de lo visto.

El suyo era un color sin memoria; por eso el sol cae a
plomo y sesgado.

Los carros son confeti. Nuestros rostros pierden sus
sombras y las bolsas del mandado son rehiletes de
estela fosforescente.

Vivimos un año rojo; no más negros proféticos. Olas
verdes, cabrilleo dorado en el cielo a contraluz.

Edificios azules estrechan la distancia: mar sin
fronteras de vidrio.

4

Hubo un plumaje, largo como el olvido, que flotó en las calles. Hubo un susurro azul desvanecido.

El silencio asalta las calles.

Hubo olor a cantera cuando el sol abrasaba y tocaba los labios con sabor a tierra.

También hubo, colgado en el espejo, el rostro de algún muerto con los ojos desvaídos.

La transición es lenta y todo ha borrado.

Cada vez más cierto este día tan largo.

5

Colores vagabundos, días nómadas.

Una cicatriz azul en el ojo izquierdo.

Los carros se alejan murmurantes, las calles llenas
de basura.

El día anterior se encima con el nuevo y el nuevo
con los anteriores.

El horizonte está partido.

Todo es distante en esta hora ciega donde los colores
serenan sin memoria.

A veces nada pasa en el espejo azul.

6

Van las mujeres con cabello de fuego, corren los niños
perseguidos por el sol.

Los colores pesan: pasan los hombres bajo el peso
gris de la vida, va la muchacha tras la suavidad roja
del beso y los muchachos cargan una pena marchita
entre las piernas.

Aquí está el tiempo color de raíz hundido en la
tierra.

El sol declina tristeza violeta.

De pronto el silencio es un higo; subterránea la
savia del recuerdo.

Alguien se acoda en la ventana y la ventana no existe
si está sola.

7

La noche de anoche azul, el iracundo mediodía
amarillo.

Súbitamente el cielo se llena de espuma y el olfato
presiente llovizna sepia.

El principio es un rayo, luego fosforece el deseo.

Huele a distancia negra, a esperma fermentado:
origen a mansalva.

8

Gris.

Como cabello suelto ante los ojos, volumen y distancia entrelazados.

Hay cortinas difusas, en el aire un tenue olor profético.

Gris. La luz se aquieta momentánea, brotan telarañas de los árboles.

Yace con lo que sobrevive de las cosas, una tarde llena de fronteras.

9

Pupilas dilatadas en tardes de cristal.

Naufragan en este mar plomizo vendedores ambulantes. Naufragamos todos en la gota instante, en el instante gota que cae.

Colores biselados hieren la frontera de los ojos; las muchachas dejan el halo de una canción púrpura a su paso y cada niño es un girasol silvestre, en busca del sol poniente y su cielo arrebatado.

Los árboles mascullan.

Árboles ahorcados en el cemento; todo el año a medio vestir y siempre tristes.

El sol hace telarañas con su sombra y vistos de frente parecen muertos y amarillos.

Los vemos zozobrar en la angustia roja, de una tarde detenida en antiguas primaveras.

¿Cómo se llaman esas aves que cortan el cielo?

Jamás las precede un canto.

Semejan kamikases en el azul manso vespertino.

A esta hora vuelven los ambulantes con la mirada
fija mientras arrian su carro.

Quisiera preguntarles si estamos vivos.

Los veo grises y rojos o negros, y ellos quizá no me
vean, parado bajo el quicio de la tarde que agoniza y
tira su red sobre la ciudad.

11

No cae la tarde. Ha quedado suspendida en un grito rojo del cielo. La ciudad se torna un gran beso; también los ojos y los sueños son pintados.

Poco a poco se desprende de un cielo coagulado en la memoria, se desliza por las calles, y el silencio reposa, y unos labios quedos se desprenden.

12

A veces un rostro de durazno o los sorprendivos ojos color de mar.

A veces una sola flor silvestre colorea este mundo, manzana mordida.

Qué lentitud del ocaso.

Colores serenos anidan en la piedra.

Tibio el aire y manso saludo.

Veo una tarde ocre que desciende, entreverada al
níspero de una nube lejana.

Lenta la ciudad de los resuellos.

Alguien mira con ojos de paloma esta caída: los
colores atraviesan la piedra y la desnudan, las calles
aún suspiran.

Quedan indicios del paraíso: incendio de nubes.



Universidad Autónoma del Estado de México
UAEM